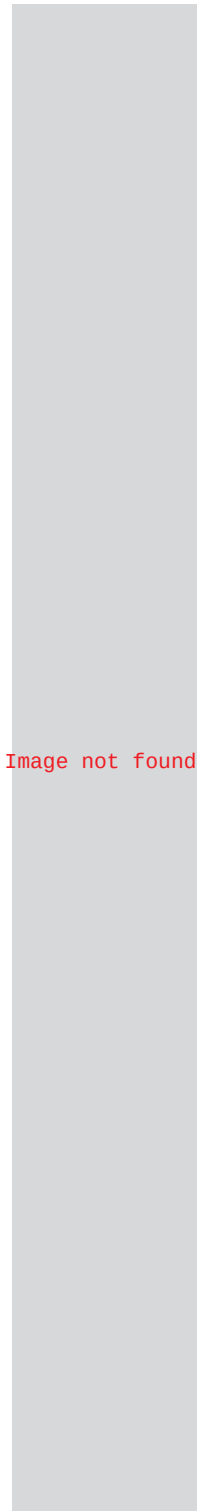


La droga más dura

Lady Fucsia



Capítulo 1

PRÓLOGO

Marta García, 8 de Febrero 2016

Abrió los ojos y a pesar de reconocer que era su cama tuvo una sensación extraña. Estaba desnuda y ella jamás dormía sin ropa. No sabía cómo había llegado hasta allí, apenas recordaba la noche anterior, tenía un tremendo dolor de cabeza que no le dejaba pensar con claridad y estaba exhausta, como si acabara de correr una maratón. Algo iba mal.

De repente vio su vestido negro en el suelo y se dio cuenta de que estaba rasgado. Sin duda, algo iba muy mal. Sentía el cuerpo hipersensible y una humedad inusual entre las piernas. En ese momento un flash borroso de actividad sexual cruzó su cerebro, ahogó una exclamación y se tapó la boca con la mano. No tenía ni idea de quién podía ser él, no lo recordaba, pero tenía clara una cosa: No había sido consentido. Sin embargo no había podido poner ningún tipo de resistencia, entonces lo entendió.

—Me han violado... —susurró con la mirada perdida. Acababan de enterrarla en vida con veintitrés años.

1

LOS TRES MOSQUETEROS

No estaba nerviosa por estar acompañando a un inspector de policía a la sala de juntas de la agencia de modelos, lo estaba, porque ese representante de las Fuerzas de seguridad del Estado era mi mejor amigo. Se había presentado allí sin previo aviso fingiendo no conocer a nadie, y supe que me acababa de meter en un buen lío.

Cuando di aviso a *Los Tres Mosqueteros*, como cariñosamente llamaba a mis jefes, una sombra de preocupación recorrió sus caras. Dejaron lo que estaban haciendo y acudieron enseguida.

—Señores, buenos días —comenzó mi amigo apretando manos a cada uno de ellos—. Soy el inspector Jorge Fuentes y estoy aquí por un asunto de drogas que está salpicando el sector de las agencias de modelos.

—¿Drogas? —dijo uno de ellos.

—Aquí nadie consume drogas —dijo otro a la defensiva.

—Me refiero a las drogas de la violación: Rohypnol, GHB y MDMA concretamente. Ha habido diez casos de violaciones en menos de un año en el mismo círculo y creemos que puede tratarse de la misma persona. Necesitamos su colaboración —cerré lentamente los ojos. No me hacía falta oír más.

Hacía seis meses que trabajaba en CXL Management. Aunque había empezado siendo una agencia de modelos y azafatas, a raíz de participar cada vez en más fiestas y galas, amplió sus servicios a la organización de eventos. El funcionamiento del sector era de sota, caballo y rey; no hacía falta ser muy listo para ver que ese tipo de empresas requieren principalmente de tres cosas básicas: buenos contactos, un mullido colchón financiero y una capacidad de sacrificio a prueba de bombas.

Casualmente, *Los Tres mosqueteros* poseían estos requisitos complementándose a la perfección. Leo tenía los contactos, Axel el dinero y a César, le bastaba con tener un cociente intelectual de 150 para conseguir todo lo que se propusiera. El broche de oro lo ponía que los tres eran rematadamente atractivos, cosa que era, cuando menos, irritante. Nunca había tenido problemas de autoestima hasta que entré a trabajar en ese entorno, era imposible no sentirse el patito feo. Tanto glamour, tanto estilo, era agotador. Aunque para mi sorpresa, pronto descubrí que todo el mundo era mucho menos feliz de lo que parecía a simple vista. Algunas modelos tenían más complejos que yo, y para otras, su belleza era un handicap que debían superar para demostrar que eran algo más que una cara bonita, aunque todas coincidían en que por lo menos les daba un dinero extra.

Como simple mortal podría haberme sentido atraída por cualquiera de mis jefes, pero ese problema desapareció el primer día en cuanto pude catalogar a mi trío de ases.

Leo estaba ligeramente fuera de mi jurisdicción. Pelo Pantene, sonrisa Profident y cuerpo Danone. Entraba en una habitación y se te erizaban los pezones contra tu voluntad. Ese pelazo negro perfilando unos ojos azul claros impresionantes no dejaba indiferente a nadie. Me moría por saber su marca de champú —algún día se la sonsacaría— tenía pinta de ser caro. Era el único de ellos que había sido modelo realmente; conseguir el título de Mister España hacía ocho años le había abierto muchísimas puertas: pasarelas internacionales, contactos en altas esferas de marcas de ropa, publicidad para firmas de maquillaje, medios de comunicación interesados en que participara en realities... La lista era interminable, y todo eso había sido parte fundamental del engranaje de la empresa hasta el día de hoy. En las distancias cortas era el eterno payaso. Nunca sabía cuando hablaba en serio y no escondía que era un mujeriego de bandera. Coqueteaba hasta con las máquinas de tabaco pero, en el fondo, me

parecía un buen chico jugando a ser el terror de las nenas.

César era el más reservado. Daba un pelín de miedo, parecía que sus increíbles ojos grises lo veían todo, como si tuviera un rayo láser capaz de verte sin ropa y leer tu mente a la vez. No era nada hablador, pero sí extremadamente expresivo, al menos para mí, había hecho de la comunicación no verbal un arte. Todo el mundo decía que era un genio, por eso me sorprendía que con lo inteligente que era, no se hubiera dado cuenta de que era gay. O tal vez lo supiera, pero le había visto un par de veces en fiestas irse a casa con alguna chica. Estudió a la vez Dirección de empresas y Derecho financiero, pero a la hora de expresar emociones, como la mayoría de los superdotados, parecía un poco perdido.

Mi radar para detectar homosexuales encubiertos había sido perfeccionado por mi amigo Jorge, un policía nacional ascendido a inspector que debía mantenerlo en secreto por prejuicios de una sociedad todavía muy retrógrada. Era la última persona que hubiera pensado que era gay, su pluma era inexistente, pero debido a pequeños matices suyos me había convertido en una experta en distinguirlos. No sería yo quién le diese pistas al pobre César, todo el mundo sabe que el mensajero siempre muere.

Cuando le conté a Jorge mis sospechas, supe que había sido un error. Según él, no había nada más morboso que conseguir que alguien saliera del armario y se empeñó en conocerle. Me negué en redondo a presentárselo, César no era ningún pardillo al que engatusar, sabía que desafiarle no era sensato.

Y por último, estaba Axel. ¿Qué puedo decir que no me haga parecer una psicópata? Desde el primer momento cuando entró en la habitación para hacerme la entrevista de trabajo, sentí un tirón alfa que me dejó idiotizada. Nunca me había pasado con nadie, pensaba que esas cosas solo ocurrían en las películas de Disney. Fue una atracción tan fuerte que tuve que agarrarme a la mesa para no abalanzarme sobre él y empezar a lamerle la nuca. Cuando volví a repasarle detalladamente se me secó la boca, lo admito. Barba de dos días, camisa blanca sin corbata con dos botones desabrochados, debajo un cuerpo definido imposible de obviar... Eso era un hombre con mayúsculas. No sé si fue su pelo de campeón de Surf o su desidia al apretarme la mano como si fuera una más, pero algo me hizo querer impresionarle sin conocerle de nada. Sus ojos color miel con puntitos verdes me escanearon intensamente cuando levantó la cabeza y se molestó en mirarme.

Gracias a Dios, el primero con el que me topé en la recepción de las oficinas, fue César y me llevó a la sala donde Axel me haría la entrevista. Algo debió ver en mí con alguno de sus superpoderes porque quiso

ayudarme dándome la clave para que me contratara.

—Lleva ya tres entrevistas y todos han ido al hoyo —dijo con aire conspirador—. Siempre sale diciendo lo mismo: que él está de trabajo hasta el cuello y necesita una réplica de sí mismo, no una ayudante con horchata en las venas. Es un trabajo de coordinación y busca a alguien con sentido común, alguien de quien poder fiarse. Quiere ver seguridad, mala leche, resolución, eficiencia... —dijo con rapidez mirando repetidamente detrás de mí.

Y así fue como conocí a César. Sin tiempo a decir nada más, la puerta se abrió y ambos cruzamos una mirada cómplice que me transmitió muy buen rollo de cara a trabajar allí. Después entró en mi campo de visión y fue cuando casi me da un ictus. No sé muy bien cómo rebotaron mis neuronas otra vez para comenzar a decir algo mínimamente coherente, pero estuve a un pelo de echarlo todo a perder.

A pesar de su hastío inicial, Axel pareció realmente impresionado cuando mostré la actitud que estaba deseando ver y terminó la entrevista preguntándome si al día siguiente me parecía demasiado pronto para empezar. Solté un gritito y sonrió de tal manera que mis bragas se volatizaron. De repente, me imaginé haciendo todo tipo de cochinadas con él, pero la ilusión me duró poco, una noche de sueños fantásticos muy satisfactoria, porque a la mañana siguiente, cuando las modelos me inundaron de información sobre *Los Tres Mosqueteros*, la noticia de que Axel estaba casado y tenía una niña cayó como un jarro de agua helada en mi libido. Adiós a la fantasía. A partir de aquel instante, intenté pasar página, fracasando estrepitosamente. Menuda era yo con la fuerza de voluntad, era más débil que un tiburón viendo una película de Tarantino. Cuanto más le conocía, más perdía el culo. Analizaba sus gestos, sus miradas, sus roces, sus sonrisas, cualquier cosa que pudiera indicarme que yo le gustaba, pero a la vez, iba en contra de mis principios liarme con un tío casado. Fui una hija de padres separados por una infidelidad y no podía ni planteármelo siquiera. Además, por su forma de ser, quería pensar que él también sería incapaz de hacer algo así. Me estaba volviendo loca y no tardé en hablarlo con Jorge y con mi mejor amiga Isa. Ambos coincidían en que en cuanto se me cruzara otro jamelgo que hiciera palpar mi pepitilla, me olvidaría de éste. ¡Qué equivocados estaban!

Las primeras dos semanas en mi nuevo empleo fueron muy intensas. Habían decidido contratar mi ayuda justo siete días antes de la Fashion Week Madrid Primavera-Verano. Por lo visto, les faltaban manos y desde el principio depositaron en mí una gran responsabilidad, lo cual me hizo sentir orgullosa cuando logré sacarlo todo adelante. En poco tiempo hice amistad con la mayoría de las modelos y colaboradores de la agencia, ya se sabe, en situaciones límite de adrenalina, se crea un vínculo más rápido entre la gente, y yo había sido contratada precisamente para encargarme

de ese detalle que en el último segundo hacía que el show pudiera continuar. Todo el mundo me adoraba, era como un hada madrina con su varita mágica. Mi móvil echaba humo en los eventos.

Pero detrás de toda buena hada madrina hay una gran mujer, y esa era Zoe. Le apodé *D'Artagnan* porque era íntima amiga de mis jefes. Colaboraba con ellos a menudo y se pasaba por la agencia día sí, día también. Ella misma me contó que había ido al colegio con Axel y que le consideraba un hermano. Esa aclaración llegó dos días después de que viera por primera vez como invadía su espacio vital de forma más que cariñosa y los imaginara a los dos restregándose el uno contra el otro entre gemidos y sudor. Eso me costó dos noches sin dormir, ya que Zoe se había convertido en alguien indispensable para mí, era como un pepito grillo que me murmuraba al oído donde no pisar fuera de tiesto en mi nuevo puesto. Recuerdo la primera vez que la vi, no dudé en pensar que era una de las modelos. Era guapa hasta decir basta y con su metro setenta y cinco nadie podía culparme de ello, pero cuando se lo pregunté, se echó a reír de una forma tan irreverente que me cayó bien al instante. Era muy auténtica, y me ayudaba en todo lo que podía sin pedir nada a cambio. Encontrarme gente así después del déficit de amor paterno filial que sufrí en mi niñez, me golpeó como un tsunami. Poco más pude hacer que dar las gracias a un ente invisible por haberla puesto en mi camino. Su "incestuosa" relación con Axel me hubiera perturbado si al poco tiempo no me hubiera dado cuenta de un detalle curioso. La única persona con la que Zoe chocaba abiertamente era con Leo. En sus encuentros con el Míster, o se ignoraban hasta rozar la falta de educación o discutían airadamente de forma despectiva. Lo cual para mí, solo podía significar una cosa: ¡Habían hecho cochinas! Porque esa indignación solo se alcanza cuando tu oponente te ha sobado las tetas. El día que conseguí sonsacarle la historia a Zoe, casi me caigo de culo.

Cuando me contrataron, César vino a felicitarme muy ufano y comentó que en su opinión, hacía falta un poco de estrógeno dentro de la empresa. Y como siempre, qué razón tenía, porque hay cosas que una mujer solo le contaría a otra mujer.

Un buen día, cuando llevaba un par de meses trabajando allí, se me acercó Marta García y saltó la liebre. Me dijo que necesitaba coger la baja un par de días y tras entregarme un papel firmado por su médico no hice más preguntas. El lunes siguiente vino una amiga suya a renovar la baja por otros cinco días y me extrañó. Pregunté si Marta se encontraba bien, y sus pocas ganas de darme detalles me alertaron e intenté ponerme en contacto con ella. No me cogió el teléfono ni me contestó a los WhatsApp, así que llamé al fijo que aparecía en su currículum porque estaba preocupada. Su adorable madre contestó y me dijo que Marta estaba de viaje con unas amigas. Una alarma nuclear se encendió en mi cabeza. Esperé con impaciencia a que volviera por la agencia y en cuanto apareció, le apliqué un tercer grado. Normalmente, no suelo meterme en

la vida de la gente tan brutalmente, pero tenía un mal presentimiento con ella. Su mala cara, su tristeza y sus ojeras me decían que no estaba bien. Puso poca resistencia confesando enseguida que se había sometido a un aborto y la cosa se le había complicado un poco. Le pregunté si la había acompañado su novio y contestó cabizbaja que no tenía. Unos segundos después, con la boca pequeña, me dijo que no recordaba quién era el padre. No pregunté nada más, la animé como pude y le dije que le podía haber pasado a cualquiera, que una noche loca podía salir cara y había que tener cabeza. También le dije que era muy joven y que su vida continuaba. Ella asintió de forma ausente sumida en una tristeza inquietante. Quince días después dejó la agencia sin dar explicaciones.

No podía quitarme esa historia de la cabeza y una noche lluviosa de abril se la conté a mi compañero de piso. Los domingos después de cenar, solíamos salir al sofá de la terraza y mientras nos zampábamos un helado o un chocolate caliente (depende de la época del año) procedíamos con las confesiones de la semana. Lo hacíamos ese día porque el fin de semana solía traer historias jugosas y el lunes era un día ideal para hacer borrón y cuenta nueva. Además, con un gay encubierto como compañero de piso, las historias eran de lo más sórdidas. Sí, compartía piso con Jorge, el inspector de policía, y le conté que el aborto de Marta y su repentina desaparición del mapa me habían dejado muy mal cuerpo. Meses después, debieron llegar a sus manos más informes de casos parecidos en el mismo ambiente y ató cabos. Cuando lo vi atravesar la puerta esa mañana y fingir que no me conocía, supe que se me acababa de complicar la vida, pero todavía no sabía hasta qué punto. Aparte de investigar el caso, Jorge acababa de obtener vía libre para conocer a César.

Capítulo 2

2

INFILTRADOS

La noticia de las violaciones cayó como un torpedo japonés en aguas del Pacífico Sur, es decir, de lo más inesperado. Los tres se pusieron a hacer preguntas atropelladamente y Jorge, tomando el control de la situación, les indicó que tomaran asiento en tono autoritario. Yo me senté también en un lateral, esperando la guillotina que caería sobre mi cabeza por ocultación de información.

—Respondiendo a su pregunta señor Torres —dijo Jorge mirando a Axel—. CXL está relacionada con el caso por una modelo llamada Marta García. Ella no denunció su violación, pero al descubrir que había más casos idénticos, una amiga suya que trabaja en otra agencia nos contó lo que le había sucedido a ella meses antes. Los síntomas de la agresión coincidían. Tenemos que marcar un cerco si queremos detener al culpable, comprobar las coincidencias en las fiestas donde trabajaron las tres agencias, y sobre todo, estoy aquí por si salen más casos que lleven a nuevas pistas. Las chicas deben estar informadas. Marta en concreto se practicó un aborto, y si lo hubiéramos sabido antes de la intervención, podríamos haber obtenido el ADN del asaltante con un simple análisis de sangre.

Un silencio barrió la sala. Asimilar que Marta había abortado tras sufrir una violación y que nadie lo supiera, les pareció muy preocupante. Yo no quise ni parpadear, la culpabilidad me carcomía. Realmente yo tampoco sabía ese detalle, pero sí había notado algo extraño.

—Lo entiendo —comenzó Leo—. Pero esto va a causar miedo entre nuestra plantilla. Puede haber una estampida general a menos de cinco días de una de las semanas más importantes del año para nosotros. La mayoría de estas chicas estudian carreras o tiene otros trabajos, si se enteran de esto, podrían dejarnos y nosotros vernos en serios problemas con contratos que ya tenemos firmados.

—Por si no se ha dado cuenta, esto es un asunto serio —dijo Jorge con frialdad—. Usted me habla de contratos, yo de personas.

Leo apretó la mandíbula.

—¿Me está diciendo que no me importan mis chicas? ¡Mi propia hermana es modelo!

—Le estoy diciendo que, hoy por hoy, todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario. Y su comentario no le ayuda señor Ibáñez.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Leo—. ¿Ha venido a encontrar al culpable o a señalar a un hombre al azar? Porque no es usted muy observador que digamos. Yo no necesito drogar a nadie para que caiga en mi cama, creo que salta a la vista —César y Axel pusieron los ojos en blanco y yo disimulé una sonrisa porque por una vez, tenía razón.

—Como bien ha indicado, en unos días es la semana de la moda Otoño-Invierno —dijo Jorge con determinación—. Las diez agresiones tuvieron lugar en una Fashion Week, cuatro de ellas el septiembre pasado y otras seis en Febrero. No estoy dispuesto a que la semana que viene aparezcan otras tantas chicas en situación similar, tengo que alertarlo.

—Inspector —interrumpió César. Jorge le miró cauteloso, pero sin que pasara desapercibido para mí que le estaba analizando concienzudamente ahora que tenía oportunidad—. Entiendo la gravedad del asunto, en serio, pero si el violador es una persona del entorno de las chicas, ¿No cree que armando este revuelo entre ellas desaparecerá sin dejar rastro? Si le ahuyenta, disminuirán las posibilidades de atraparlo. Sin embargo, si está confiado, la semana que viene podríamos pillarle cometiendo un error en su *modus operandi* si esto se mantiene en secreto. Ahora mismo cuenta con nuestra completa colaboración. Por favor, díganos como podemos ayudarle.

Hubo un silencio conciliador ante su brillantez por parte de todos. Leo y Axel se calmaron al ver que César tomaba cartas en el asunto, porque bien podría no haber dicho una palabra y no implicarse como en muchas otras ocasiones. En cuanto a Jorge, yo sabía que se había ablandado un poco, ya que su postura quedó clara al no replicar enseguida con una negativa.

—Estudiaré las pistas y decidiré —carraspeó—. Necesito toda la información que puedan darme de las dos últimas Fashion Weeks. Cualquier persona que estuviera en contacto con las chicas: montadores de material, electricistas, invitados a las fiestas, los del catering, amigos, los quiero a todos.

—Hecho —respondió César rápidamente—. Los números y el papeleo de la empresa son cosa mía. ¿Cómo te lo hago llegar? —preguntó observándole intensamente. Sus ojos se desviaron hasta un piercing que Jorge tenía en la ceja e hizo un gesto inapreciable que me resultó sorprendentemente tierno.

—Esta es mi tarjeta —dijo sacando un taco del bolsillo—. Llamadme a

cualquier hora del día o de la noche, vamos a contra reloj.

Genial, intercambio de datos personales realizados. Esa noche en casa alguien iba a ser aniquilado. Cuando me llegó el turno, cogí su tarjeta con más agresividad de la necesaria, dándole a entender la que le esperaba. No pareció muy afectado, lo cual me pareció extraño, porque solía temer mis ataques de ira.

Cuando llegué al piso sobre las ocho de la tarde di un portazo acusador. Jorge se acercó a mí mostrando las manos en todo momento, como quién se acerca a un perro rabioso. Y antes de que pudiera decirle nada, lanzó el filete con una simple frase.

—Investigar a Axel forma parte del caso, y he descubierto que hace quince días hizo efectiva una demanda de divorcio. Es libre, Naia.

Di varios pasos atrás y me apoyé en la puerta. Mi espalda resbaló por ella y me tapé los ojos con las manos. Axel soltero. Todo lo demás acababa de pasar a un tercer plano.

Capítulo 3

3

LA JOYA DE LA FAMILIA

Algo dentro de mí renació. Ya había asimilado que ese tío me había echado a perder para el resto de los hombres, tenía claro que ninguno iba a poder igualarle, y de repente, volvía a estar disponible. No es que tuviera la más mínima posibilidad pudiendo elegir a cualquier modelo de la agencia o a la mismísima Zoe, pero la jodida estaba ahí. Una microscópica esperanza arraigada en lo más hondo de mi ser.

Para saber lo lejos que quedaba la posibilidad de mi lengua en su boca, tendríamos que remontarnos a mi tierna edad de once años, cuando mis padres decidieron enviarme a un exclusivo internado inglés. Estaba siendo víctima de la más común maldición de las familias con dinero: “te queremos hija” (pero cuanto más lejos mejor), y “te lo daremos todo cariño” (excepto lo único que deseas, nuestro amor incondicional). Cuando se separaron, decidieron que encerrarme allí sería lo más adecuado para mí, pero lo que en realidad querían decir, es que sería lo más conveniente para ellos.

En Ampleforth College se hablaba estrictamente en inglés o lo pagabas caro. Aunque había niños de todas las nacionalidades, el inglés era el idioma permitido. Descubrí que Isa era española cuando su maleta se abrió una mañana en medio del pasillo y empezó a soltar tacos al ver todas sus pertenencias desparramadas por el suelo. Me lancé a ayudarla y le pregunté de dónde era. Abrió mucho los ojos por mi osadía de hablar en castellano pero luego sonrió dejando claro estaba a favor de los anarquistas. A partir de aquel momento fuimos inseparables, lo que no estuvo mal ya que llevaba meses en la soledad más absoluta. Me confesó que básicamente estaba allí en calidad de obra benéfica. Su familia no era rica, un detalle inusual teniendo en cuenta la cuota mensual del lugar. Era la pequeña de cinco hermanos y tres de ellos le llevaban más de veinte años, lo cual era como tener cinco padres que aportaban dinero para que estudiara en uno de los mejores colegios del mundo. Casi nada de presión para ella, vaya. Se veía a la legua el conflicto interno que sufría, pues tenía un alma pendenciera que encajaba a duras penas en la rigidez de un internado inglés.

A mitad del último curso, llegó la noticia de la muerte de mis padres. Qué hacían los dos juntos en Nueva York metidos en una limusina y sin el cinturón de seguridad abrochado, es algo que nunca llegué a saber. Lo único que sabía, era que ya no volvería a verlos jamás. Mi hermano no vino al entierro. No sé si por estar ilocalizable o porque sencillamente no quiso. Cuando mis padres comenzaron a pelearse, él tenía diecisiete años,

cogió la puerta y se fue para no volver.

Fue mi abuela la que me animó a terminar el curso, decía que era vital para mí acabar esos estudios. Y sinceramente, aunque estaba afectada, hacía más de seis años que mis padres habían desaparecido de mi vida. Volvía a casa muy de vez en cuando en fechas señaladas y apenas les veía entre la maraña de gente que acudía a sus interminables fiestas de sociedad. Así que continué igual.

Meses más tarde me enteré de que mi hermano había heredado su parte, sin embargo yo no lo haría de manera normal a los dieciocho años, sino que mi herencia estaba atada a condiciones especiales pudiendo heredar a partir de los veinticinco y solo en caso de que me uniera en matrimonio. Era una especie de dote más propia de la época de regencia inglesa cuando los matrimonios eran considerados una transacción comercial. Fue el modo imaginativo de mi padre de asegurarse que alguien cuidara de su hija. Su mentalidad machista no me sorprendió en absoluto. En ningún momento pensó en el tipo de matrimonio que tendría al lado de un hombre que únicamente persiguiera mi patrimonio. En ese momento le cogí mucho más asco al dinero del que ya le tenía, para mí era el culpable de que mi familia fuese como era. El bulo de la herencia corrió por todas partes, por si no era ya lo suficientemente marginal. Acabé el curso con dificultad y me fui a vivir a casa de mi abuela. Ella sería mi tutora legal los meses que me quedaban hasta la mayoría de edad y me alegré muchísimo de que viviera en medio de la nada.

Era una casita de payés situada a unos cuarenta kilómetros del núcleo urbano más cercano. Gracias a Dios vivimos en la era de internet y allí, curiosamente, había buena cobertura. Si me daba el punto, podía tener una vista aérea de la casa de Brad Pitt mediante google earth, o ver a través de una webcam en vivo cómo iba fundiéndose el glaciar Perito Moreno en Argentina. Allí me sentía bien, protegida, querida por una vez en mi vida. Seguía manteniendo contacto con Isa y me suplicaba que fuera con ella a vivir la experiencia de la universidad, pero yo me resistía. Sentía un sopor hogareño que no podía sacudirme de encima. Supongo que porque nunca lo había sentido en mi propia casa y necesitaba disfrutar más tiempo de ello.

Isa me animaba a estudiar, pero yo quería trabajar porque me gustaba la idea de ser económicamente independiente por méritos propios, aunque cobrara una miseria. La abuela se negó en rotundo. Dijo que no estaba en edad de trabajar, que tenía que formarme y me confesó que mis padres le habían asignado una pequeña cantidad en el caso de tener que hacerse cargo de alguno de sus hijos en minoría de edad o en mi caso, hasta los veinticinco. Esa mensualidad, llevando una vida normal, superaba con creces lo que podría necesitar nadie en muchísimos años. Me pagó lo que quise estudiar, me compró un coche cuando lo necesité y me mimó en ocasiones con pequeñas prendas que me recordaban vagamente a mi vida

anterior. Reconocía que eran bonitas, pero sentía que no las necesitaba en absoluto. Vivían enterradas en el fondo de mi armario.

Cursé la carrera de Relaciones Laborales a distancia y varios masters mediante un ordenador desde la comodidad de mi sillón en medio del monte.

Pasaron los años y al cumplir los veinticuatro, Isabel apareció en mi casa con una maleta hecha con prisas, huía de un hombre nada menos. Uno que le había propuesto matrimonio a los seis meses de conocerse y al que no podía contestar que no. Resultó fascinante comprobar que era un caso extraño de chica no quiere comprometerse con chico. Isa, en cuanto pudo, se convirtió en una viva la vida. Es lo que ocurre cuando pasas una adolescencia tan estricta, que luego te desmadras. En la universidad salía jueves, viernes y sábado, dándolo todo y con todos, era la reina de la fiesta. Su ensayada cara angelical encajada en un cuerpo de diablesa le permitía conseguir a quién se propusiera. En ese momento era una carpe diem que se ganaba bien la vida y no pensaba sentar la cabeza, según decía, hasta los 47, que fue cuando cierta famosa tuvo a sus gemelos. Tenía claro que quería tener hijos y que no le hacía falta un hombre para conseguirlos. Estaba la mar de feliz con la idea, hasta que conoció a Fernando.

El principio fue caótico, un choque por detrás en un semáforo en ambar. Ella se bajo de su Honda Civic negro como alma que lleva el diablo dispuesta a decirle cuatro cosas al desgraciado de turno y se encontró con el gatito de Shrek poniendo ojitos de angustia, ¿A quién no se le cortaría de golpe la mala hostia? Según ella, él se hizo cargo de todo con una templanza hipnótica. Repartieron partes amistosamente, y así fue como él consiguió su teléfono, nombre completo y dirección, para poder agasajarla con flores de disculpa, vales regalo de masajes cervicales y por último, una cena en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. ¡Y parecía tonto cuando lo compramos! Isa, que no rechazaba comida ni estando caducada, aceptó la cena convencida de que sería refrescante para variar salir con un hombre con pinta responsable. Ella solía salir con tíos de abdominales de acero y encefalograma plano, y le pareció la mejor cita de su vida. Por lo visto Fernando no solo era inteligente, sino divertido y bastante atrevido a pesar de su pinta de buenazo. Acto seguido no salieron de la cama en tres días. Lo peor que le podía pasar es que encima fuera una máquina sexual bien dotada, todo muy surrealista según me explicó. Hasta me contó cómo se dio cuenta de que le quería la primera vez que declinó una invitación de su follamigo favorito. La cuestión es, que parecían hechos el uno para el otro, y desde el principio, prácticamente convivieron juntos en alguno de sus respectivos pisos, no solían dormir separados. Fer, como chico listo que era, le pidió matrimonio de una forma tan especial que derretiría a la mismísima reina de Frozen. ¿Y qué hizo Isa? hacer las maletas y huir hacia un caserío perdido en los

bosques catalanes.

Y allí, durante un paseo rodeada de pinos más altos que la torre Picasso, descubrí que Isa tenía pánico a renunciar a su libertad. Yo le hice ver que solo tenía miedo, porque a lo que de verdad no podía renunciar era a él. Se rió en mi cara y me dijo que era una cursi de cuidado, muy propio de ella, sin embargo al día siguiente mientras trotábamos por el campo subidas a un par de caballos, me empezó a gritar que le amaba y que no quería vivir sin él. Se puso a galopar como una loca dejando el miedo atrás y no se mató de milagro.

Un buen día, tres años después, me gritó entusiasmada a través del teléfono que estaba esperando su primer hijo con Fernando. Eso fue el empujón definitivo para mudarme a Madrid. Eran mi familia, la única que sentía que tenía aparte de mi abuela y tenía que estar presente en la incubación y nacimiento de su nuevo miembro. Además, esa terca viejecita llevaba un año insistiendo fervientemente en que me fuera una temporada a la capital a ver si encontraba un maromo con el que vivir felices y comer perdices. Debía concederle ese deseo antes de morir dijo. ¡Menuda chantajista estaba hecha!

Tuve que ir de propio a comprar una maleta para la ocasión, así de viajera era yo. Supongo que después de todo, mi abuela tenía razón, era hora de volar del nido, pero me acojonaba darme una buena leche contra el mundo real. Y como esperaba, el primer año en Madrid fue duro. Cambié dos veces de piso porque no me adaptaba a nada, ni a nadie. Me sentía desprotegida. Saltaba de un trabajo eventual a otro, y por fin, a mis veintiocho años empecé a trabajar en un Lizarrán de forma más estable.

Allí, sentado en la barra, encontré en un cliente habitual al mejor amigo que tendría en la vida. Jorge aparecía cada día a una hora diferente, pero nunca fallaba. Me contó que vivía en el portal de al lado y prefería estar haciéndome compañía, que solo en casa. A veces, esperaba hasta el final de mi turno y me ayudaba a limpiar mientras hablábamos de mil cosas. Se nos pasaban las horas como minutos, tuvimos una conexión especial desde el primer momento y cada segundo que pasábamos juntos, se hacía más fuerte. Pero a pesar de todo, nunca tuve la sensación de que quisiera ligar conmigo.

Descubrir que era policía fue un shock, pero al fin comprendí porque me sentía tan a salvo con él. Y no es que no haya policía corrupta a patadas, pero lo suyo era algo vocacional, de algún modo sentía que le gustaba cuidar de los demás. Pronto se convirtió en mi ancla, porque Isa en aquel entonces, estaba algo liada en casa con un homínido de proporciones diminutas que no hacía otra cosa que llorar sin parar. Mi ahijado era la semilla del mal, aunque resultara aparentemente adorable cuando iba a

verle de visita.

Cuando Jorge me hablaba de sus parejas lo hacía sin género. Empecé a fijarme en que nunca decía “esa chica me decepcionó” sino “esa persona me decepcionó”, y lo cierto es, que no recuerdo haber aclarado nunca que le gusten los hombres, hasta que un día sin darle importancia dijo: “Tú lo que necesitas es un buen mozo que te quite las telarañas... y yo otro”. Los dos nos reímos con complicidad.

Una noche, meses después, le comenté de pasada que quería cambiar de piso por tercera vez. No lo dudo ni un instante: “Ven a vivir conmigo” dijo, y sin poner mucha resistencia, acabé trasladándome con él, aunque al ver todas las cajas que traía se asustó un poco. Era un compañero de piso fantástico. Ponía lavadoras, cocinaba, siempre me preguntaba si necesitaba algo por WhatsApp cuando iba al supermercado y, lo más importante de todo, me sentía super segura con él. Y no solo porque fuera policía, sino por su forma de ser, siempre estaba pendiente de mí, como si no tuviera otra cosa que hacer.

Esa noche pedimos comida china a domicilio y preparamos unos margaritas como pequeña celebración de mi aparente vía libre con Axel.

—Es tu oportunidad nena —dijo él abriendo la nevera y cogiendo dos calippos de fresa—. Procura no cagarla con tus chorraditas autodestructivas.

—Sé directo, no te cortes... —ironicé—. ¡No ves que estoy de los nervios!, con amigos como tú...

—Solo digo que necesitas un cambio de chip si vas a ir a por él.

—¿Yo?! ¡¿A por él?! ¡Pero si soy una negada para eso!

—Pues si pretendes que él venga a ti, espera sentada —le miré con mala cara—. Lo digo porque los hombres también pasan un duelo cuando se divorcian, por mucho que haya sido él quién lo haya solicitado. Y a un tío como ese, se lo van a rifar en cuanto corra la voz. Cualquiera se te puede adelantar —señaló.

—Si hago algo, lo único que voy a conseguir es que me echen del trabajo de mi vida con una demanda por acoso debajo del brazo.

—No te subestimes pequeña Naia —sonrió pícaro—. Si quieres un consejo, solo tienes que dejarte asesorar por quién mejor le conoce.

—¿Quién? —pregunté confusa.

—La tal Zoe. ¿Quién va a ser?

—¡Si anda! Tardaría un minuto en ir corriendo a contárselo para partirse de risa juntos.

—¿No decías que erais amigas?

—Sí, pero no es inmune a los chistes buenos y con éste, se va a descojonar.

—Mira que eres pesimista. ¿Ves?, esa es una de las cosas que tienes que cambiar, una persona positiva atrae muchísimo más.

—¿Ahora tengo que cambiar para gustarle? Esto no va a salir bien —dije apoyando los codos en la encimera y enterrando los dedos en mi pelo.

—Naia —dijo cogiéndome las manos y obligándome a mirar hacia arriba.— No es que tengas que cambiar, lo que tienes es que dejar de esconderte. Si él no se fija en ti ahora que puede, es que es tonto.

—Gracias. De verdad, pero lo veo imposible.

—Nada está perdido hasta que te rindes. No lo hagas antes de empezar.

—Coincidirás conmigo en que ahora mismo no es el mejor momento...

—dije tristemente—. Cuando te he visto aparecer esta mañana...

—Lo sé —dijo pensativo—. Hacía tiempo que seguía esos casos. Se están multiplicando a una velocidad aterradora y al darme cuenta de que muchos coincidían en fechas, ambiente y personas, me acordé de la historia de Marta. Fui a hablar con ella y con el tiempo ha ido recordando más cosas. No fue una noche loca, la violaron. Tengo que pararlo. Por todas esas mujeres, y porque tú estás en medio del fuego cruzado. Si te pasara algo... —dijo aprensivo.

Esas muestras de cariño siempre me encogían el alma. Quería cambiar eso en mí, quería poder creerme que alguien era capaz de quererme así, y con Jorge, estaba aprendiendo a gestionarlo. ¡Maldito trauma infantil!. Le acaricié los brazos y me lleve una mano suya a la boca para besarla, para adorarla.

—Te lo agradezco mucho, pero sé realista, acabarán relacionándonos y cuando lo hagan... no lo quiero ni pensar. A César no se le escapa una.

—A César déjamelo a mí.

—Esa es otra Jorge... no hagas nada. No le conoces, esto no es un juego

—dije preocupada.

—Ya sé que no es un juego, pero confía en mí, por favor.

—Está bien, pero ten mucho cuidado.

—Lo tendré —dijo besándome en la cabeza.

Esa noche, al acostarme, sin venir a cuento lloré por Axel. Por pensar que lo estaría pasando mal durmiendo lejos de su hija. Por no ser lo suficientemente importante en su vida como para saber dónde estaba en ese instante si no era en casa con su mujer y su hija, por sentirme tan lejos de él cuando yo quería estar tan cerca. Me sentía frustrada porque tarde o temprano, volvería a ser feliz con alguien que le mereciera, y no sería yo. No. Yo era tan patética que me bloqueaba antes de empezar a mis veintinueve años. ¿Cómo me iban a querer los demás, si no me quería yo misma? Era el cuento de siempre... mis chorradas autodestructivas como decía Jorge, pero eran mi realidad.